

**E**RA una de esas chicas que no se había enterado de nada. No tenía conciencia política ni tampoco había caído en la cuenta de que estaba muy buena, de modo que no sabía que la libertad había llegado a este país ni que un buen culo femenino, aun dentro de la democracia, es una fuente de energía o de promoción social. Había seguido la agonía de Franco sin frío ni calor en las revistas del corazón y había asistido a los funerales de la dictadura bajo el secador de la peluquería. Era una chica más bien tonta a punto de caer en el ganchillo, formada en la antiquísima escuela que introduce en la mujer desde niña la convicción ontológica, aceptada con gusto, de tener que lavar los platos, hacer la cama y zurcir los calcetines del príncipe azul. Su destino natural hubiese sido compartir la mesa-camilla con un jefe de negociado, con un vendedor de coches usados o con un oficinista con dos trienios, socio del Real Madrid. Hacer el amor los sábados después del cine cuidando que no se despierten los niños, poner los supositorios en la nevera y votar a UCD. Ya había dado los primeros pasos por ese camino.

Al terminar los estudios de COU entró de mecanógrafa en una constructora y aunque no se dejó meter mano en los lijes por un ejecutivo de la empresa fue ascendida en el escalafón y pasó a enseñar el piso piloto, tocada con un gorrito de azafata, en una urbanización de las afueras. Tampoco perdió la virginidad sobre aquella moqueta acrílica ni en aquel baño alicatado hasta el techo, con grifería coronada de leones rampantes y escudos ducales. Era una estrecha clásica que pensaba casarse de blanco, vestida por El Corte Inglés y soñaba con tener una lista de regalos de boda en una tienda de Serrano. No sé cómo explicar que aquella era una chica totalmente alienada. Baste con decir que jamás se le había ocurrido ir a Ibiza, ni siquiera había votado en el referéndum de la reforma.

En cambio él era un chico magnífico, un progresista con carnet, un barbudo apaleado en los saltos callejeros de la transición. Había estudiado hasta tercero de Económicas, pero a los veintitrés años le entró la duda existencial y estética y se hizo fotógrafo como todos. Vivía en un piso algo siniestro por Embajadores y había montado su laboratorio en el retrete. A salto de mata logró estabilizarse económicamente con encargos publicitarios, retratar edificios de ladrillo visto plantados en medio de

un descampado que dieran la sensación de estar rodeados de un jardín tropical, sacarle todo el partido al sauce raquítrico y procurar que quedara fuera el vertedero, cosas así. Pero como era artista, ya había colaborado en dos libros, uno sobre pintadas de las paredes y otro sobre cerámica popular, más bien loza castellana. Además poseía un archivo propio con casi todas las manifestaciones y mítines políticos y muchas cargas de la Policía. Si las concentraciones eran de izquierda en las fotografías se veían rostros nobles y tensos de obreros oyendo discursos con unción, niños

## EL PIGMALION PROGRESISTA

MANUEL VICENT

adorables con un gorrito rojo dormiditos en los brazos de su padre con una banderita en la mano. Si eran de la plaza de Oriente aparecían fascistas con correajes, bocas desdentadas sorprendidas en el grito terrible, gente patibularia y casposa con el pecho cubierto de medallas. Su pieza más valiosa era aquella donde se vislumbraba un tipo con una pistola apuntando por la espalda a unos manifestantes que hulan como en un cuadro de Genovés. La foto había servido de prueba en un atestado. Piensen en el progre más progre de todos los progres. Así era aquel magnífico chico.

El fotógrafo progresista y la mujer objeto, modosa y conformista, se conocieron en el piso piloto, quedaron atralados como dos polos de carga opuesta y un estúpido ardor los llevó hasta los pies de un cura con pantalón de pana que los casó sin más. En este tipo de ceremonias nadie te pregunta si tu pasión la cubre el seguro. El joven progresista estaba feliz, se había dado cuenta en seguida de que aquella muchacha, aunque le lavaba los calzoncillos con devoción amorosa y se empeñaba en llevarle el desayuno a la cama, era un material virgen que podía ser remodelado. Ella no se había planteado ninguna duda. Creía que una buena esposa tenía que dar cera a los muebles, bralear la baldosa, frotar la vajilla con clorex activado y después de aclarar los cacharros ponerse esa crema tan suave que deja las manos aptas para la caricia nocturna. Lo había oído en la televi-

sión. Pero él era un progresista y tenía mala conciencia al ver a su mujer tan idiota. Con su mejor voluntad quiso hacer sobre ella un trabajo de Pigmalión político. Era un demócrata coherente, de modo que la enseñó a liberarse.

Después de mucho forcejeo psicológico logró convencerla de que poseía buenas dotes intelectuales para seguir una carrera universitaria. Lo mejor sería que se matriculara en Filosofía. Por su parte, no tenía inconveniente en ayudarla hasta el último detalle en las labores domésticas. Harían las camas juntos, fregarían los platos juntos, limpiarían la casa juntos. Esta formidable actitud masculina a ella le rompía un poco los esquemas. Primero le daba no sé qué ver a su marido colgando la colada en el patio interior mientras canturreaba un tema de los Rolling Stones o pelando patatas al tiempo que le decía quién es quién en Comisiones Obreras o aplicándose furiosamente en la bayeta por el oscuro pasillo mientras le narraba instructivas historias de Angela David. La chica abandonó el trabajo en el piso piloto y los cursis modales de traje sastre o de rebecca de angorina. Decidió ir todos los días a la Facultad. Y lentamente entró en un mundo nuevo y apasionante para ella, fue cogiendo reflejos y tics, tomó la onda con mucha aplicación y al cabo de un año, analizada por fuera, ya era una progre homologable. Por dentro tardó un poco más. Mientras tanto, a la feliz pareja les había nacido un hijo, que el día de mañana también sería progresista.

La chica se alistó en un ejército de liberación femenina por pura lógica. También por pura lógica el fotógrafo se quedó sin trabajo. Ella era una activista radiante y hermosa. Él se estaba convirtiendo en un tipo, un poco cargado de espaldas, que intentaba colocar alguna foto en los periódicos sin éxito. Por ley natural él se pasaba todo el día en casa o más bien en el laboratorio del retrete revelando carretas que nadie publicaría jamás y atendía al dodotís del niño, al hervido, al cobrador del gas, al aviso de la portera y a la fregona mañanera. Ella sacaba sobresaliente en todas las asignaturas. No había ningún motivo válido para que dejara de estudiar. Él era un chico tan progresista que en su intimidad estaba feliz. Ella, por su parte, se sentía realizada. Muchas parejas como ésta pueden terminar bien. Pero no es este el caso. La chica se encontró con un tipo que se la llevó a Ibiza. Y el fotógrafo ya no la ha visto más. ■